

UN ACERCAMIENTO A LA HISTORIA DE LA EDAD DEL BRONCE EN EL EGEO: CULTURA MINOICA, MICÉNICA Y CICLÁDICA

Prof. Dr. Julio López Saco
Escuela de Historia, UCV
Doctorado en Historia, UCV

A. La Cultura Creto-minoica

El desarrollo de la cultura minoica en la isla de Creta está circunscrito a la cronología de sus palacios. En primer término hubo un período pre palaciego, entre 2600 y 2000 a.n.E, que corresponde al Minoico Antiguo II y III; en segundo lugar hablamos de un período palaciego (Período Palacial Primitivo), que abarca de 2000 a 1700 a.n.E. y que corresponde al Minoico Medio I y II, donde estarían los palacios de Cnosos, Malia y Festo; en tercero, otro período palaciego (Período Palacial Tardío), de 1700 a 1400 a.n.E. perteneciente al Minoico Medio III y Reciente I A hasta II B, donde encontraríamos los nuevos palacios de Festos, el de Zakro, Hagia Tríada y Gurnia y; finalmente, un período pos palaciego, ubicado cronológicamente entre 1400 y 1100 a.n.E, perteneciente al Minoico Reciente III y comienzos de la época micénica, momento en que encontramos el nuevo palacio de Hagia Tríada.

El palacio cretense se componía de varias insulae agrupadas en torno a un patio, pero independientes entre sí y cada una con su finalidad propia. El palacio minoico era un complejo de carácter civil al servicio de la ciudad. Su ubicación y su disposición orgánica se establecían a partir de un área central abierta, esto es, un patio, como una continuación de la forma colectiva de la organización social neolítica. Los templos en el interior de los palacios, aparte de ser pequeñas dependencias-santuarios, únicamente ocupaban un lugar marginal y reproducían cavernas, lo cual concuerda con el hecho de que los ritos se celebraran en cuevas. Pueden presentar dos y tres pisos, con un gran número de habitaciones y dependencias, con la función de talleres y almacenes para el grano, el aceite o el vino. Los palacios minoicos presentaban algunas ornamentaciones, sobre todo frescos que recubrían las paredes interiores de las principales dependencias, generalmente con motivos naturales marinos, escenas de pugilato o de tauromaquia, el empleo de piedras cortadas en losas, así como las formas de las columnas, más anchas

en la parte superior. En términos generales, todo palacio minoico ofrece una sensación de laberinto, pues los pasillos que conducen a las dependencias reales y otras principales tienen forma de zigzag, y las escalinatas no eran rectas. Las dependencias palaciales y las casas de la ciudad se aglomeraban, agolpándose a la manera neolítica, recordando las callejuelas de los asentamientos árabes. En particular, el palacio de Cnosos, sin duda el más conocido de todos, fue descubierto por Arthur Evans en 1900. Estaba conformado por un complejo que se aglutina en torno a un patio central y se divide en dos conjuntos, oriental y occidental, separados por accesos al norte y al sur. En virtud del modo constructivo de los minoicos, añadiendo habitaciones progresivamente, estos corredores no guardan una disposición lineal. El palacio fue míticamente identificado con el laberinto que guardaba al híbrido minotauro del rey Minos, que fue vencido por el héroe ático Teseo. El acceso al palacio desde el patio occidental se efectuaba a través de un corredor cubierto, el porche occidental, donde existía un famoso fresco en relieve con la temática del juego del toro. El camino proseguía por un pasillo en ángulo, el corredor de las procesiones, así llamado por estar decorado con un fresco en el que dos jóvenes, de ambos sexos, y de tamaño natural, portaban ofrendas.

El Período Palacial Primitivo

En las tradiciones funerarias encontramos la construcción de sepulcros colectivos circulares (tholoi), y tumbas-templo, con gran riqueza de ofrendas. A los tholoi se añaden habitaciones de planta cuadrada para usarlas como osarios o para las ceremonias del culto funerario. Además de palacios empiezan a construirse santuarios rurales, ubicados en cuevas y en las cumbres de las montañas. No hay huellas claras de fortificaciones en las construcciones (de ahí que se haya hablado de una sociedad pacífica), en tanto que la destrucción de los palacios no se debió a situaciones externas (incursiones), lo que parece señalar la estabilidad política de la isla. Debió existir una monarquía o un poder político centralizado en el palacio-templo. Algunos estudiosos creen que los edificios llamados palacios eran templos con función económica y religiosa, actuando como un centro económico regional que almacenaba vino, aceite y cereales, y estando dotado de un sistema administrativo diversificado. Los terratenientes dependerían del palacio, pues los bienes agrícolas en el palacio provenían de ellos, constituyendo así un grupo nobiliario en torno al mismo.

El comercio debió estar gestionado directamente por los palacios. Se ha constatado un comercio con las Cícladas, sobre todo de cerámicas, y con el Mediterráneo Oriental. Es un comercio de tipo diplomático, de intercambio de presentes entre diversos príncipes. Las relaciones con Egipto comenzaron en torno a 2400 a.n.E. Se hallan atestiguadas en los textos egipcios (en los que los cretenses se llaman Keftiou) y por los hallazgos arqueológicos. A partir de 1500 a.n.E. se intensifican estas relaciones con el país del Nilo, alcanzando su mayor intensidad un siglo después. Creta exportó a Egipto plata, oro, piedras preciosas y obsidiana. Fue un comercio también de carácter diplomático, mediante el cual Creta pudo incluirse entre las altas culturas del Mediterráneo Oriental sin enfrentamiento alguno.

La religiosidad minoica comprende dos tipos de culto: aquellos oficiales, centrados en torno al palacio, y los populares, alrededor de los santuarios rurales. No se puede hablar de culto a la gran diosa-madre, y si más bien, de un panteón politeísta. Se conocen, desde hace tiempo, varios símbolos culturales (árbol, pilar, cuernos de consagración), y existen varias escenas en la glíptica con epifanías divinas y otras escenas de corte claramente religioso.

El Período Palacial Tardío

Hacia 1700 se produce la destrucción, por los efectos de un terremoto, de buena parte de los palacios minoicos, que serán reconstruidos, sin que ello suponga cambios histórico-culturales. La novedad verdaderamente decisiva será ahora el contacto del mundo minoico con la Grecia Heládica. La construcción es ahora más compleja con mejoras técnicas y un mayor número de almacenes. Los palacios son rodeados de casas aristocráticas y, además, comienzan a surgir verdaderas ciudades, con población artesana, campesina y de pescadores, como el muy conocido caso de Gurnia. Son ciudades con relevante desarrollo urbanístico, con calles pavimentadas y casas de hasta tres pisos. Es también ahora cuando se constata arqueológicamente la presencia de pintura al fresco y la cerámica con motivos florales y faunísticos (pulpos, por ejemplo). Es posible que el rey ahora, en el marco del palacio, asumiese una función sacerdotal, si bien el poder contaba para su soporte con una clase nobiliaria que poseía pequeños palacios (Cnossos y Mesara), y sus propios dominios rurales, en donde ejercería su poder independientemente o por delegación real. Los palacios, con sus talleres cerámicos y textiles, actuaban como centros económicos de una región agrícola y como

canalizadores del comercio, además de como órgano redistribuidor de cereales, aceite, materias primas y especias entre los artesanos, funcionarios y esclavos, en algunos casos en concepto de salario. En este período se producen mejoras en el armamento y se introduce el carro de guerra. Ambos aspectos podrían ser un indicio de un mayor incremento de la inseguridad y de un deterioro de las condiciones sociales. Tal inseguridad no debe desligarse de los cambios políticos en el Mediterráneo, que tienen que ver con la expansión micénica, que acaba ocupando el emblemático palacio de Cnossos. A partir de 1380 a.n.E. los palacios minoicos dejarán de existir para siempre.

B. La Cultura Cicládica

La antigua cultura cicládica se desarrolló en las conocidas como Islas Cícladas, en el mar Egeo central, durante la Edad del Bronce Antiguo, desde el III al II Milenio a.n.E. Enraizada en el Neolítico, específicamente a partir del asentamiento de Saliagos, donde se han evidenciado rastros de actividad humana y vestigios de un taller de trabajo y distribución de la obsidiana, esta cultura es mencionada por diversos autores de la antigüedad clásica, como Estrabón y Plinio. El nombre de Cícladas procede, en efecto, del griego, pues los habitantes de la Hélade creían que las islas formaban un círculo alrededor de Delos, lugar sagrado de Apolo, si bien es muy probable que el nombre derive, en realidad, de un factor geográfico; esto es, del hecho de que cada isla está rodeada por un círculo de bajíos o arrecifes. La Cultura Cicládica Antigua no conoció núcleos importantes de asentamiento ni una autoridad central, debido, muy probablemente, a la fragmentación geográfica propia de las islas, al reducido tamaño de cada una de ellas y a la limitada área de tierra cultivable disponible. Su peculiar carácter insular sirvió de barrera protectora frente a la importación de influencias no deseadas. Los asentamientos existentes, datados en las fases más antiguas, se ubicaban en las faldas de las colinas más bajas, no lejos del mar, y carecían de fortificaciones. Sin embargo, a partir de mediados del III Milenio a.n.E., surgieron algunos en el interior, protegidos por torres defensivas y fortificaciones. Las esferas de actividad se centraban en la cerámica, las miniaturas, el trabajo en metal y la escultura en marfil y piedra. Las tumbas, por su parte, eran, en el período Cicládico Antiguo I, usadas para un solo difunto, mientras que en el siguiente, ya se usaban para enterramientos sucesivos. En el

período Cícládico Antiguo III se conocen tumbas de cámara en las estribaciones de las colinas. Los sepulcros más conocidos son en forma de cista, con un piso trapezoidal, básicamente simples hoyos. Los cuerpos eran ubicados sobre su costado derecho y con sus manos en frente de la cara, en una posición contraída, es decir, fetal. Las ofrendas consistían mayormente en objetos asociados con la vida cotidiana o en artículos personales, como vasijas cerámicas, vasos de mármol, joyas, especialmente pendientes y collares, algunas herramientas de bronce y, sobre todo, las famosas figuritas de mármol. El período Cícládico Antiguo, inserto en la Edad del Bronce Arcaico, se divide en tres grandes subperíodos en función de las características técnicas y los modelos de asentamientos: el Cícládico Antiguo I, de 3200 a 2800 a.n.E.; el Cícládico Antiguo II, 2800-2300 a.n.E.; y el Cícládico Antiguo III, entre 2300 y 2000 o 1900 a.n.E. En cada uno de ellos existen fases con rasgos culturales distintivos, señalados en virtud de los desarrollos tipológicos de la cerámica, los vasos de mármol y las figurillas del mismo material. El Cícládico Antiguo I acoge las fases Lakkoudes, Pelos y Plastiras, nombres derivados de los cementerios de las islas de Naxos, Melos y Paros. Esta etapa incluye, así, las figuras esquemáticas de Pelos y las naturalistas de Plastira; el Cícládico Antiguo II comprende varias tipologías. Una primera fase, de transición, denominada Kampos (nombre derivado de un cementerio en la isla de Paros), en donde destacan las figuras del tipo Louros; el tipo arcaico de figuras con brazos cruzados o plegados, denominado Precaónico; la fase Syros, en la que se desarrollan por completo las figurillas del tipo de brazos cruzados, conocida como Canónica y que presenta, a su vez, diversas variedades: Kapsala, Spedos, Dokathismata, Chalandriani y Koumasa; y otra fase transicional denominada Kastri; finalmente, el Cícládico Antiguo III reúne figuras del tipo Poscaónico, formas degeneradas del tipo Canónico, así como figurillas esquemáticas y figuras del tipo Phylakopi I, una de las fases de la ciudad del mismo nombre en la isla de Melos. Nuestras evidencias para los dos primeros períodos provienen de los cementerios (en cumplimiento de su función de ofrendas que acompañaban al difunto), mientras que para el Cícládico Antiguo III de los asentamientos o núcleos poblacionales.

Las figuras de la fase Pelos, del Cícládico Antiguo I (3200-2800 a.n.E.) son esquemáticas, semejantes a delgadas piedras que sugieren una figura humana. Las figurillas en forma de violín, características de este mismo período, presentan un cuello alargado y cilíndrico, con el triángulo púbico y el área abdominal simplemente indicadas por incisiones. Aquellas del tipo Plastiras presentan la figura humana de modo

naturalista. Se trata de mujeres con rasgos faciales en relieve y con senos, glúteos, pubis y área abdominal modelados. Las piernas son trabajadas en redondo y están completamente separadas unas de otras. Las figuras Louros, correspondientes al Cícládico Antiguo II (2800-2300 a.n.E.), carecen de rasgos faciales y la cabeza se acerca a una forma triangular. Los detalles anatómicos están también ausentes, en tanto que los brazos son simples extensiones redondeadas que salen de la espalda. El tipo canónico, característico de esta fase, con los brazos plegados horizontalmente bajo el pecho, extiende sus formas, que se desarrollan ahora plenamente. En general, el brazo izquierdo se ubica sobre el derecho. Son figuras de estricta frontalidad, con cabezas en forma de lira inclinadas ligeramente hacia atrás. En estas figuras, mayoritariamente femeninas, la cara es delgada y sólo se representa en ella la nariz y, en ocasiones, las orejas. Muchas de ellas son mujeres embarazadas o que acaban de dar a luz. En algunos casos, su ligera inclinación de las rodillas pudiera sugerir algún tipo de movimiento oscilatorio, casi de danza. El tipo canónico presenta variedades (Kapsala, Dokathismata, Spedos, Chalandriani), definidas por rasgos particulares en las proporciones y por las formas representadas. En algunos casos, es posible, además, atribuir ciertas figuras de determinada variedad, sobre todo la denominada Spedos, a talleres locales o a artesanos individuales, que reciben nombres convencionales, como el Maestro del Museo de Naxos, el Maestro Kontoleon o el Maestro Goulandris. Además de las figurillas femeninas, contamos también con la presencia de algunas masculinas, representadas en acciones o actividades específicas, como guerreando o cazando, y grupos de personajes, sobre todo músicos.

Las figuras de la variedad Kapsala se caracterizan por sus espaldas estrechas, pechos proyectados y cabezas ovales. Los brazos se colocan directamente debajo del pecho. Las de la variedad Spedos presentan superficies redondeadas y una apariencia de robustez, con la cabeza en forma de lira y la cara convexa. La cintura es más estrecha que la zona del abdomen, la cual está separada de la parte inferior del cuerpo por una clara incisión horizontal. La parte inferior de las piernas se muestran separadas y enfatizadas por una ligera incisión a la altura de las rodillas. Algunas de las principales figuras de esta variedad se han atribuido al Maestro Goulandris. Se distinguen por su nariz prismática o cónica y por la clara distinción entre las diversas partes del cuerpo, indicada por profundas incisiones en el área púbica y abdominal, en las rodillas y en los tobillos. La variedad Dokathismata se caracteriza por presentar figurillas delgadas, con cabezas triangulares, caras delgadas y cuello largo y estrecho, además de espaldas angulares,

bastante anchas en relación al resto del torso. Las piernas, largas y estrechas, confieren a estas figuras una especial elegancia. Su simplicidad y abstracción han sido significativamente valoradas, sirviendo de inspiración a las creaciones de escultores y pintores contemporáneos, como el distinguido caso de Amedeo Modigliani. La variedad Chalandriani, por su parte se caracteriza por unas figuras con cabezas triangulares sostenidas por largos cuellos cilíndricos, y, sobre todo, por un tórax cuadrado con piernas cortas. Las espaldas forman un ángulo recto con la parte superior de los brazos cruzados, que descansan directamente encima del triángulo púbico, inciso y de gran tamaño. Las figuras poscanónicas se consideran formas degeneradas, sin una consistencia tipológica precisa. Muchos de sus rasgos faciales son más claros que los de las figuras precedentes, y algunas representan cazadores o guerreros con bandas, o figuras femeninas que cruzan sus brazos sobre el pecho. Las figuras del Cícládico Antiguo III (2300-2000 a.n.E.), casi todas documentadas en la isla de Melos, suelen ser muy esquematizadas, con miembros superiores e inferiores, así como con cuellos, que no son más que proyecciones de las mismas superficies corporales. Existen dos tipos fundamentales, Apeiranthos y Phylakopi.

El sentido estético que estas figurillas reflejan, dentro del arte de la Cultura Cícládica, se delinea a través de una simplicidad de formas y del carácter translúcido del material empleado. Es bastante arriesgado propugnar algún tipo de interpretación al respecto del propósito que debieron tener estas representaciones figuradas. Las figurillas fueron manufacturadas como acompañantes del difunto, como ofrendas funerarias, aunque no podemos descartar que hubiesen sido artefactos preciosos o piezas propias del equipamiento hogareño, que se transmitieran, como objetos valiosos, simbólicos o emblemáticos, de generación en generación. Algunas de ellas han sido halladas en asentamientos, especialmente en aquellos pertenecientes al Cícládico Antiguo III, hecho que ha propiciado ciertas consideraciones sobre su funcionalidad, desde que fuesen una suerte de juguetes o representaciones de divinidades, hasta considerarlas unas protoninfas o una especie de simbólicas concubinas que acompañarían al difunto al Más Allá. Las figuras cícládicas representan mortales o deidades. Algunas pudieran referirse a una especie de ninfas en actitud de danza, siendo las precursoras de sus congéneres de la antigua religión griega. Esta afirmación es sostenida en virtud de algunos tipos en los que los pies parecen querer moverse hacia delante, en forma de pequeños saltos, mientras la cabeza se balancea ligeramente hacia atrás. No obstante, la mayoría de los especialistas creen que las figuras reflejan deidades, específicamente la Diosa Madre o

las Diosas de la Gran Fertilidad, cuyo precedente neolítico es patente. Quizá el hecho de que algunas figurillas representen mujeres embarazadas, lo que las conectaría con la maternidad, apoya esta consideración. En cualquier caso, estamos ante un espléndido ejemplo de manifestación estética primigenia.

C. La Cultura Micénica

El comienzo de la cultura micénica se ubica, arqueológicamente, en el período Heládico Tardío I o Micénico I, hacia 1600 a.n.E. Será en regiones como Argólida o Beocia, donde se desarrolle el más relevante poder micénico. Para explicar el nacimiento del mundo micénico hay que recurrir a la arqueología, a la lingüística y al análisis historizante de los mitos. Para algunos autores, el mito de las Danaides, que llegan desde Egipto, podría significar la presencia de tropas mercenarias griegas que luchan en Egipto contra los Hyksos, aprendiendo el manejo del carro de combate. Al regresar a Grecia se impondrían y serían el origen de la cultura micénica. La evidencia arqueológica señala que los invasores que conocían el carro llegaron a Grecia desde Épiro, y las fuentes egipcias nada mencionan. Además es difícil de aceptar que un grupo de mercenarios fuesen los causantes de la cultura micénica. Otros investigadores (M. Astour, que sigue a J. Bérard y C. Gordon), señalan que algunos términos y topónimos nos hablan de que la cultura micénica se originó a partir de la penetración de colonizadores semítico-occidentales que provenían del sureste de Asia Menor. La existencia de objetos de procedencia oriental no garantiza esta teoría, pues pudieron llegar a través del comercio. Pero también es verdad que hay paralelos entre mitos y dioses griegos y orientales, así como que algunos términos griegos y micénicos son de origen oriental, sin contar con los parecidos artísticos y literarios. Pero estas analogías se explican por la existencia de una koiné cultural en todo el Mediterráneo oriental. La cultura micénica no sería entonces fruto de las aportaciones de grupos invasores de centro-Europa sino fruto de un proceso en que los elementos autóctonos se fundieron con aportaciones hechas por contactos con las culturas circundantes. Lo cierto es que tenemos la constatación de un aumento demográfico, una expansión económica de base agraria y una mayor diferenciación social y concentración de riquezas en las manos de

los grupos aglutinados en torno a los palacios. Esta elite impulsará las relaciones internacionales y los contactos comerciales, favoreciendo asimilaciones.

La cultura micénica se expandirá por el Mediterráneo. El sur de Italia, Sicilia, el Bósforo, Egipto, conocen la presencia de objetos micénicos (cerámica en particular), a veces acompañados de asentamientos de población. Algunos eruditos han defendido esta expansión debida al comercio, diciendo que el mundo micénico no poseía unidad política (habría pequeños reinos que se enfrentaban entre sí por razones de rivalidad comercial). Sin embargo, no hay constatación de una economía de mercado, y la economía de los distintos reinos no se basaba en la exportación artesanal, de aceite o vino. Otros autores, por el contrario, han apuntado a la presión demográfica como detonador, lo que habría obligado a los micénicos a desplazarse con intenciones guerreras, llevando a cabo asentamientos por la fuerza. Entre 1400 y 1200 se constatan relaciones con Egipto, a partir de Rodas y Chipre, La plata y la obsidiana micénicas, además de oro y diversas piedras preciosas serían los objetos a intercambiar. En Asia Menor solo se hacen fuertes los micénicos en Rodas, aprovechando el vacío de poder hitita en la isla. En la costa poseyeron dos enclaves: Mileto y Halicarnaso, sin poder penetrar hacia el interior por la presencia hitita. En Italia hubo algunas colonias, quizá de carácter agrícola o como puntos de control en las rutas que conducían hacia los metales. En el Mediterráneo Oriental adquiere relevancia, como ya había ocurrido con los minoicos, Chipre y Rodas. El cobre en Chipre era muy apreciado, aunque también hubo en la isla asentamientos que provocaron la progresiva helenización de la misma. La cerámica micénica llegó también a Siria y Palestina. Los intercambios en toda esta región pudieron corresponder, en todo caso, más a regalos de tipo diplomático que al funcionamiento de una economía de mercado. Los asentamientos se produjeron, debemos conjeturar, debido a la escasez de tierras y al exceso poblacional, lo que daría lugar a una suerte de colonización agrícola.

El fin del mundo micénico ha sido campo de intrigas y muy teorizado. Rhys Carpenter supuso que el fin del mundo micénico, ocurrido en el Heládico Tardío III C, cuando algunos asentamientos se abandonan y otros son destruidos, se debió a causas climáticas, concretamente sequías prolongadas, que provocarían la dispersión hacia zonas periféricas, que luego refluirían hacia la Hélade como los Dorios. Según F.H. Stubbings, una masiva deforestación habría provocado la decadencia económica de los palacios. Sabemos que hubo una infiltración de elementos humanos desde el norte, de origen dorio, que pudieron ir penetrando como mercenarios y asentándose en cargos de

relevancia como escribas. A ellos habría que sumar las tensiones internas y la presión demográfica sobre la economía de los palacios. Así, malas cosechas, sumado a la agresión exterior y a tensiones internas, pudieron haber originado conflictos y luchas entre regiones y entre los elementos clave de la estructura social micénica, nobles, palacio y damos. Al desaparecer los palacios también lo hace la escritura, estableciéndose nuevas formas de organización social.

La economía micénica

Los datos que conocemos de la actividad económica micénica provienen del Reino de Pilos. La agricultura y la ganadería son las bases económicas, escasamente complementadas con una pequeña artesanía de producción cerámica de lujo y armas de metal. Entre los productos agrícolas destacan los cereales, el aceite, las leguminosas y algunas plantas aromáticas (para los rituales). La economía agraria de cada reino micénico se organizaba y centralizaba en el palacio. En la ganadería se destacan toros, vacas, corderos, cerdos y caballos. También está centralizada en palacio. Incluso conocemos algunos cargos específicos relacionados con la ganadería (e-ka-ra-eu: el castrador). La actividad artesanal, también bajo la esfera palacial, tuvo cierta importancia militar (metalurgia). Conocemos la existencia de un funcionario (Qa-si-re-we o Basileus), encargado de distribuir las materias primas y las armas elaboradas.

Se conoce también la existencia de diferentes tipos de tierras: Mo-ra, propiedad de la nobleza militar, ajena al palacio; las Ko-to-na, de tamaño más reducido, divididas en Ko-to-na Ke-ke-me-na, propiedad del damo o personas particulares; en Ko-to-na Ki-ti-me-na, propiedad del rey, que las explota mediante arriendo. Es probable que el monarca concediese estas tierras como pago o recompensa a sacerdotes y funcionarios para que las trabajasen personalmente; y diversas tierras privadas. Finalmente, las O-na-ta, serían tierras de baja condición jurídica (tal vez de grupos sociales inferiores). El palacio no controlaría toda la tierra cultivable del reino, quedando al margen de las tierras de la nobleza rural y de la de algunos campesinos libres y de ciertas colectividades. La fuerza de trabajo eran los esclavos, aunque no los únicos. Al igual que el Próximo Oriente en el mundo micénico coexistieron diferentes tipos de trabajo, libre y servil, y mediante servicios o corveas prestadas al Estado. Más que una sociedad esclavista, en el sentido literal del término, estaríamos ante una sociedad análoga, en muchos aspectos, a la despótico-oriental.

La sociedad micénica

La sociedad micénica, cuyo conocimiento proviene también del Reino de Pilos, era una sociedad patriarcal y de naturaleza patrilineal. El rey (Wa-na-ka) es, como el Ensi mesopotámico y el faraón egipcio, una persona sacra. Su función primordial es cultural, aunque también poseía funciones económicas, administrativas (nombramiento de funcionarios, supervisiones), pero no militares. Todo ello, naturalmente, en el seno del palacio. El Ra-wa-qe-ta, como el Wa-na-ka, posee un Te-me-no, teniendo funciones análogas a la del rey, también sin función militar. Es el representante de la aristocracia militar frente a la monarquía (su nombre derivaría, en consecuencia, de Ra-wo o nobleza guerrera). Es algo así como el instrumento de los nobles para controlar al rey. Estaríamos así, ante la presencia de dos grandes grupos sociales, de carácter dirigente: el funcionariado del palacio y el templo, y la nobleza rural.

Los altos funcionarios son los A-ko-so-ta, quienes controlan las tierras laborables, y los We-da-ne-u, con funciones militares, culturales y económicas. Entre los demás funcionarios encontramos los de cada provincia y los de cada distrito. Entre los primeros debemos nombrar el Du-ma, representante del poder central a escala provincial; el Po-ro-du-ma-te, quizá un funcionario religioso; y el Da-mo-ko-ro, con funciones económicas. Entre los segundos, destacamos el Ko-re-te y el Po-ro-ko-re-te, representantes del poder central, y el A-ko-ro y el Wa-te-wa, quienes distinguen entre el Wa-tu (Asty) o ciudad, y el A-ko-ro (agrós) o campo. Existían otros funcionarios de menor importancia (caso de Ka-ra-wi-po-ro, la sacerdotisa, un cargo mixto administrativo-religioso). Además existían nobles independientes y grandes propietarios, que siguen al Ra-wa-qe-ta; nobles dependientes, que rodeaban al rey y vivían en las ciudadelas (Mo-ro-qa, poseedores de pequeñas tierras concedidas por el palacio a cambio del pago de un impuesto; E-qe-ta, oficiales y comandantes del O-ka, guarniciones costeras, con algunas funciones sacerdotales); y la baja nobleza, donde se encuentran los Te-re-ta, a los que el palacio asigna parcelas del tipo Ki-ti-me-na, y entre los que destacan los Pa-da-we-u, artesanos y los Ke-ra-me-u, alfareros. Vienen a ser algo así como los artesanos reales o jefes de las diversas manufacturas del palacio. Quizá fuese, además, jefes de clanes.

El Da-mo, en realidad, no era una clase social, sino una entidad jurídica, que poseía una serie de tierras, tanto comunales, del tipo Ko-to-na Ke-ke-me-na, como privadas, estas últimas del tipo Ka-ma, divididas en O-na-ta. Eran, a ciencia cierta, de un santuario que

las daba a particulares para su cultivo. Se trata de grupos de campesinos libres que mantenían relaciones con la administración del distrito, a la que pagaban impuestos, y que, desde el punto de vista social, se oponían al Ra-wo.

Los esclavos, por su parte, eran de dos tipos: en primer lugar, los que pertenecían a las personas físicas reales o a personas jurídicas (Da-mo), pudiendo ser propiedad de un artesano o de otra persona de otro grupo social. Toman parte en los procesos productivos y trabajan al servicio personal de su amo; en segundo lugar, los que pertenecen a una divinidad. Son privados, en oposición a los del primer grupo, públicos. En origen, puede ser que los esclavos derivasen de los prisioneros de guerra.

La religión micénica

Autores renombrados, como A. Evans, M.P. Nilsson y Ch. Picard habían formulado ya la existencia de cultos al árbol y a los pilares, así como la presencia de una Gran Diosa, como figura del culto en la Creta minoica, enmarcados en una antigua religión egea matriarcal, que sería el sustrato evidente de la religión griega posterior. Para ello partían de un supuesto errado: una cultura creto-micénica unitaria implantada tras oleadas colonizadoras. Hoy hay que distinguir con claridad lo minoico de lo micénico, y es esto último el que muestra más semejanzas con lo griego posterior. Las investigaciones de carácter filológico han demostrado la presencia de casi cada dios del panteón griego clásico (homérico) en las tablillas de Lineal B. Sin embargo, a pesar de la identidad de nombres, las diferencias entre los dioses micénicos y los griegos fueron grandes. En algunos casos (Dioniso), la divinidad micénica era adorada por las clases superiores, mientras en la Grecia arcaica y clásica era una deidad popular; en otros (Hermes), el término identificado con él en el ámbito micénico no designaba al dios, sino a una función sin carácter divino. Además, en ocasiones el vocablo pudo designar el lugar de adoración, un epíteto o a un rey y a un dios a la vez (wa-na-ka). Conocemos un único panteón micénico, el de Pilos con su santuario Pa-ki-ni-ja (dios Poseidón y la Potnia, si bien ese Poseidón es diferente al homónimo homérico, pues no se relaciona con el mar sino con la tierra y la fecundidad). Debieron existir, no obstante, además de otros panteones oficiales, algunos de carácter popular.

Existen pruebas arqueológicas de la presencia de templos dentro de las ciudadelas, Micenas sin ir más lejos. Los sacerdotes y sacerdotisas se designan por el nombre del santuario al que sirven o por la divinidad a la que tributan culto. Existía especialización

sacerdotal: sacrificadores, portadores de la llave, así como acólitos, tal como el mensajero (keryx) o los tamiai (tesoreros). Los actos básicos del culto eran la plegaria y el sacrificio. Este último, incruento o sangriento, está bien representado en el sarcófago de Hagia Triada, si bien en este caso es un culto heroico o funerario. A través de las tablillas conocemos dos rituales: el dedicado a los dioses wa-na-so-i, un ceremonial de instalación en el trono real, o una fiesta del desplegamiento del velo, y un ritual de preparación del lecho de honor de Poseidón para que la deidad participase en un banquete sacrificial, quizá algo semejante a la comensalidad de hombres y dioses en los sacrificios thysía.

En algunas tumbas micénicas el fallecido aparece rodeado de ofrendas variadas: vestimentas, ahajas, vasos con alimentos como harina y aceite e, incluso, armas. Es posible que tales ofrendas se hiciesen para calmar al muerto y evitar que molestase a los vivos, y para proveerlo de materiales que pudieran satisfacer sus necesidades, semejantes a las de los vivos. El muerto sería, para algunos autores una suerte de cadáver viviente, que puede actuar después de haber muerto, hasta la total descomposición de sus restos. La presencia de las famosas máscaras de oro pudo tener la finalidad de facilitar la pervivencia en la vida futura. El sacrificio de animales podría haber sido un medio para aplacar con sangre al fallecido. A partir del Heládico Tardío III C se introdujo de modo definitivo la incineración, que implicaría la supresión de la imagen del muerto como cadáver viviente. En todo caso, no podemos aseverar con certeza la existencia de un culto a los muertos.

Referencias bibliográficas

- P.E. ARIAS, *L'Arte della Grecia*, Turín, 1967
- R.L.N. BARBER, *The Cyclades in the Bronze Age*, Duckworth, Londres, 1987
- J. C. BERMEJO BARRERA, *El mundo del Egeo en el Segundo Milenio*, edit. Akal, Madrid, 1988
- C. BROODBANK, *An Island Archaeology of the Early Cyclades*, Cambridge Univ. Press, Cambridge, 2000
- J. CHADWICK, *El mundo micénico*, Alianza edit., Madrid, 1977
- O. T. P. K. DICKINSON, *The Origins of Mycenaean Civilization*, Studies in Mediterranean Archaeology, XLIX, Göteborg, 1977
- CH. DOUMAS, *Early Bronze Age burial habits in the Cyclades*, Studies in Mediterranean Archaeology, 48, Göteborg, 1977
- _____, *Early Cycladic Culture. The N.P. Goulandris Collection*, N.P. Goulandris Foundation-Museum of Cycladic Art, Atenas, 2002
- _____, *Silent Witnesses. Early Cycladic Art in the Third Millenium B.C.*, Alexander S. Onassis Public Benefit Foundation, Nueva York. 2002
- P. FAURE, *La vida cotidiana en la Creta minoica*, edit. Argos Vergara, Barcelona, 1984
- J.L. FITTON, *Cycladic Art*, British Museum Press, Londres, 1989
- P. GETZ-PREZIOSI, *Early Cycladic Sculpture: An Introduction*, The J.P. Getty Museum, Malibú, California, 1994
- R. W. HUTCHINSON, *La Creta prehistórica*, edit. F. C. E., México D.F., 1978
- M. MARAZZI, *La sociedad micénica*, edit. Akal, Madrid, 1982
- M.R. PALMER, *Mycenaean and Minoans*, edit. Rutledge, Londres, 1965
- C. RENFREW C., "Cycladic metallurgy and the Aegean Early Bronze Age", *American Journal of Archaeology*, nº 71, 1967, pp. 1-20
- _____, *The Emergence of Civilization. The Cyclades and the Aegean in the Third Millenium B.C.*, Methuen edit, Londres & Nueva York, 1972
- M. S. RUIPÉREZ & J. L. MELENA, *Los griegos micénicos*, edit. Historia 16, Madrid, 1990
- E. SAPOUNA-SAKELLARAKIS, E., *Cycladic Civilization and the Cycladic Collection of the National Archaeological Museum of Athens*, NAM, Atenas, 1973
- J. STORCH DE GRACIA, J., *El arte griego I*, edit. Hist. 16, Madrid, 1989

- L.W. TAYLOUR, *The Mycenaean*, edit. Thames & Hudson, Londres, 1983
- J. THIMME, J. (edit.), *Art and Culture of the Cyclades*, Müller edic., Karlsruhe, 1977
- M.D. TOLI & M. CARABATEA, M., *The Human Form in Cycladic Art. Sculptures from the Cyclades*, N.P. Goulandris Foundation-Museum of Cycladic Art, Atenas, 2009
- R. TREUIL & J.-C. DARCQUE & G. TOUCHAIS, *Les civilisations égéennes du néolithique et de l'âge du bronze*, edit. Presses Universitaires de France, Paris, 1989
- E. VERMEULE, E., *Grecia en la Edad del Bronce*, edit. F.C.E., México D.F., 1971